

A cada cátedra dedicaba varias horas de preparación, siempre con la idea de que la actualización es esencial para todo aquel que se considere maestro. También destinaba buena parte de su tiempo, dentro y fuera de la Facultad, a la asesoría de estudiantes, egresados y profesores, que constantemente la buscaban, sabiendo que en ella encontrarían la respuesta esperada. Y aunque preparar una clase a conciencia y asesorar a quien lo pida no se aquilata como debiera, no por eso Isabel dejó de hacerlo, siempre con gusto, sin olvidar que la meta propuesta al iniciar el camino era formar geógrafos, no sólo instruirlos.

La muerte la sorprendió en pleno uso de sus facultades físicas e intelectuales; le quedaba mucho por hacer dentro del campo de la geografía; dejó sin escribir todo el saber acumulado. Por partes, ese saber se conserva en sus alumnos y en aquellos que tuvimos el placer de escuchar sus disertaciones en clase, en una conferencia o en una charla de café. Muchas veces sus opiniones, que eran casi siempre propositivas, a menudo resultaban innovadoras y preocupaban a más de un geógrafo conservador que las escuchara.

Isabel Mayén Pimentel fue una buena maestra, excelente para muchos: desde que inició sus labores académicas dentro del Colegio de Geografía, hasta que la muerte la sorprendió, en 1991, se desenvolvió admirablemente. Por más de veinte años dedicó todos sus esfuerzos a la docencia, siempre con la idea de que la actualización constante en las disciplinas a su cargo, tanto geográficas como pedagógicas, y la relación profesor-alumno, eran la clave de un curso de alta calidad, de un curso universitario.

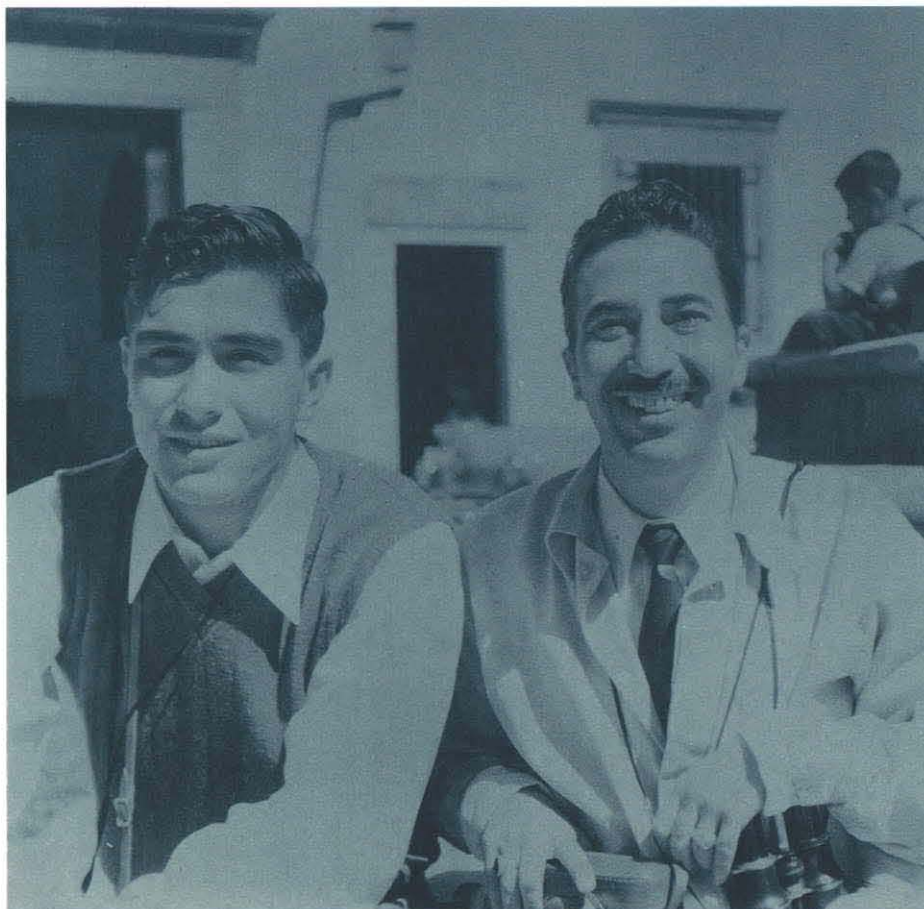
Los que la conocieron, los que estuvieron cerca de ella, los que tuvimos el honor de contar con su amistad, siempre la recordaremos como una persona íntegra, un pilar del Colegio de Geografía, una académica entregada a la docencia, una gran maestra.

Francisco de la Maza

Elisa Vargas Lugo

El doctor Francisco de la Maza (1913-1972) destacó como uno de los maestros más notables, más sabios y brillantes de la Facultad de Filosofía y Letras, entre los años que corrieron de 1945 a 1970. Pocos maestros han tenido el carisma que hizo tan famosas sus clases y conferencias, que se vieron siempre sumamente concurridas. De la Maza creó su fama de gran expositor del arte novohispano en el vetusto edificio

Raúl Flores Guerrero y Francisco de la Maza,
1949.



de Mascarones, en donde estuvo instalada la Facultad de Filosofía y Letras hasta el año 1953, ya que en 1954 tuvo lugar el cambio a la Ciudad Universitaria.

Digno discípulo de don Manuel Toussaint, el doctor De la Maza heredó la cátedra de Arte colonial cuando su maestro se retiró, y pronto se consagró por sus conocimientos y su extraordinaria oratoria académica, abriendo, como maestro e investigador, nuevos horizontes en este campo del arte y despertando numerosas vocaciones.

Cerca de trescientos artículos y una veintena de libros —la mayoría sobre arte novohispano— hablan de los múltiples intereses culturales de Francisco de la Maza, cuya aguda sensibilidad lo llevó a escribir sobre historia, literatura —cabe aquí destacar su gran admiración por la obra de sor Juana Inés de la Cruz— y a penetrar diferentes épocas artísticas.

Una característica envidiable de su obra es la agilidad y originalidad de sus escritos, pues fue poseedor de una prosa tan emotiva y tan viva como su discurso hablado. A estas cualidades de expositor, De la Maza reunía una verdadera vocación de maestro. Él instituyó las lecciones *in situ* para las clases de Historia del arte, organizando excursiones a los lugares de mayor interés dentro de cada programa.

Como investigador del arte mexicano, le corresponde el mérito de haber iniciado los estudios iconográficos e iconológicos del arte novohispano, los cuales, como es de comprenderse, son de importancia fundamental para el mejor conocimiento del fenómeno estético en la Nueva España.

Entre sus aportaciones importantes deben mencionarse al menos los artículos sobre José Luis Rodríguez Alconedo; los estudios dedicados a Francisco Eduardo Tresguerras; la interpretación iconológica de la decoración de la Capilla del Rosario de la Ciudad de Puebla y sus "Notas sobre lo cursi". Aunque algunos de estos temas hayan sido tratados con mayor amplitud por autores recientes, las aportaciones que él hizo aún tienen vigencia.

Entre sus libros deben destacarse el dedicado a la obra del pintor Cristóbal de Villalpando, *Antinoo, el último dios del mundo clásico y Cartas barrocas*.

Su comprensión del arte fue historicista. Su gusto por el arte clásico y el neoclásico, no le impidió valorar y admirar la cultura barroca —a cuyo arte dedicó su mayor y mejor empeño—, pues cada modalidad artística fue considerada por él como valiosa expresión de un momento histórico determinado.

Los conceptos, opiniones y juicios emitidos por el maestro De la Maza sugieren, además de una sólida erudición, la presencia de un móvil sentimental importante. Su percepción del arte parece haberse iluminado por un fuerte destello esencialista, con raíces platónicas, en combinación con un moderno sentido histórico de la belleza.

Ernesto Mejía Sánchez, cátedra y erudición

Margarita Peña

La aportación de Ernesto Mejía Sánchez —Nicaragua, 1923–México, 1985— a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México tuvo como marco el área de la literatura de Hispanoamérica, y aspectos específicos de la literatura de la Colonia y de los siglos XIX y XX. Esto no quiere decir que no frecuentara géneros y disciplinas diversos. Por los años setentas se realizó en San Cristóbal las Casas, Chiapas, un congreso internacional sobre fray Bartolomé de las Casas y en él, haciendo gala de cultura interdisciplinaria, Ernesto Mejía Sánchez alternó como lascasita con historiadores mexicanos y extranjeros. Por otra parte, Ernesto cultivaba la creación en términos